

1. Mi nombre es Sami.

O al menos, ese es el nombre que puedo usar hoy. Mañana quizás sea otro. En Gaza, hasta los nombres aprenden a esconderse.

Tengo veintisiete años. Veintisiete vueltas al sol que nunca he podido mirar sin miedo.

Nací en una franja de tierra que el mundo llama Gaza, pero que yo conozco como un lugar donde el aire pesa diferente. Donde respirar no es un acto automático, sino una decisión consciente que tomas cada mañana al despertar.

Durante mucho tiempo (años, décadas, eternidades), pensé que mi mayor miedo tenía un nombre específico: que alguien descubriera que amaba a los hombres. Que alguien viera detrás de la máscara que construí con mis propias manos temblorosas. Que alguien escuchara el latido de mi corazón y reconociera su ritmo prohibido.

Luego empezaron los bombardeos.

Y entonces entendí algo que nadie debería tener que aprender: siempre puede existir un miedo más grande. Siempre hay un abismo más profundo. Siempre hay una oscuridad más densa esperando a que creas que ya tocaste fondo.

2. **Pero escúchame bien**, porque esto es importante: la primera vez que sentí verdadero terror no fue durante una explosión.

No.

Fue una noche como cualquier otra. El silencio en Gaza nunca es verdadero silencio es una pausa tensa, un suspiro contenido, la calma mentirosa que precede a la tormenta. Mi teléfono vibró. Una notificación. Una cuenta que no reconocía. Un nombre falso, seguramente, aunque los nombres falsos en Gaza a veces son más reales que los verdaderos.

"Hola, Sami."

Dos palabras. Mi nombre entre comillas invisibles. Y algo dentro de mí se detuvo. No el corazón no, el corazón siguió latiendo, traicionero, acelerado. Pero algo más profundo. Esa parte de ti que sabe antes de que tu mente procese. Esa voz ancestral que susurra: corre .

Porque sabían. Dios mío, sabían.

Sabían mi nombre. No el de hoy, sino el verdadero. El que solo me susurro al espejo cuando estoy seguro de que nadie escucha. Sabían dónde vivía, no la dirección escrita en un papel, sino el lugar donde duermo, donde como, donde existo. Sabían a quién amaba. Y eso, eso era lo más aterrador. Porque amar en Gaza es ya un acto de rebeldía. Amar a quien no debes es una sentencia que escribes con tu propia sangre.

Y en ese momento, con el teléfono calentándose contra mi palma sudorosa, entendí algo que me partió en dos: en Gaza, para personas como yo, el cuerpo también se convierte en un territorio ocupado.

No es metáfora. No es poesía. Es la verdad más cruda que puedo ofrecerte.

3. **Piénsalo**: hay ocupaciones que se ven. Los tanques, los muros, los puestos de control. Pero hay otras que se sienten. Que se viven en la piel, en los huesos, en el espacio entre tus costillas donde guardas el aire antes de soltarlo. Mi cuerpo, mi deseo, mi amor, mi forma de moverme por el mundo había sido colonizado por el miedo de otros. Por sus prejuicios. Por su odio disfrazado de moralidad.

Y entonces llegaron las promesas. Dulces. Seductoras. Venenosas.

"Podemos ayudarte."

"Podemos sacarte."

"Podemos protegerte."

Tres frases. Tres cadenas de plata. Porque nunca era ayuda. Nunca era salvación. Era control puro. Querían nombres; no el mío, sino los de otros como yo. Querían direcciones. Querían información.

Querían convertir mi miedo, ese miedo que me costó años construir y contener, en un arma que apuntar contra mi propia gente.

4. Pero aquí viene la parte que cuesta respirar.

No eran solo extorsionadores anónimos. No eran solo delincuentes del mercado negro. Eran del ejército israelí. Me lo confirmaron con detalles que nadie más podía saber. Con acceso a información que solo un Estado posee. Con la frialdad institucional de quien tiene el poder de la vida y la muerte en un archivo digital.

Me querían usar. Convertirme en informante. En traidor. En el enemigo de mi propio pueblo. Querían que entregara a otros queer palestinos. Que les pusiera nombre. Que les pusiera dirección. Que les pusiera precio.

Y la elección que me presentaron no era elección: o cooperaba, o mi familia lo sabría. O mi comunidad lo descubriría. O mi cuerpo aparecería en alguna parte, y nadie preguntaría demasiado.

Colgué el teléfono. Mi mano temblaba tanto que tardé tres intentos en lograrlo.

5. Y entonces me quedé mirando a mi madre.

Ella dormía en el suelo del salón. No en su cama. No en su habitación. En el suelo, sobre una manta fina, con la respiración agitada de quien sueña con explosiones. Ya no quedaban habitaciones seguras en casa. La guerra se había comido los espacios cerrados. Se había tragado los rincones íntimos. Se había llevado consigo hasta la ilusión de que dentro de casa estabas protegido.

La miré dormir y pensé: "Ni siquiera tengo derecho a derrumbarme."

Imagina ese peso. Imagina sentir que tu dolor es un lujo que no puedes permitirte. Que tu colapso sería un insulto a quienes sufren "de verdad". Que tu terror es menor, insignificante, casi vergonzoso comparado con el estruendo de afuera.

Porque afuera caían bombas. Y dentro de mí también.

Pero esa noche, con el teléfono aún caliente en mi mano, algo se rompió. No de golpe. No con estruendo. Sino con esa rotura silenciosa que es peor, porque no la ves venir y cuando la notas, ya es tarde.

6. La primera vez que intenté suicidarme, tenía veinticuatro años.

No lo cuento con dramatismo. Lo cuento con la misma voz con la que diría que llovió esa mañana, o que no tuve hambre en el desayuno. Porque en Gaza, la muerte es tan cotidiana que a veces olvidas que elegirla es diferente a que te la impongan.

Tomé pastillas. No recuerdo cuántas. Recuerdo el sabor amargo que no pude lavar con agua. Recuerdo el vértigo. Recuerdo pensar, con una claridad que me asusta ahora: "Al menos esto lo elijo yo."

No morí. Mi hermana menor me encontró. No hablamos de ello después. En Gaza no se habla de estas cosas. Hay vergüenzas que pesan más que los escombros.

La segunda vez fue un año después. Diferente método. Mismo resultado. Mismo silencio después. Misma sensación de fracaso: no por haber sobrevivido, sino por no haber tenido el valor de terminarlo.

Y la tercera vez... la tercera vez ya ni siquiera lo intenté de verdad. Fue más un deseo que una acción. Una fantasía recurrente. Una compañera íntima que me visitaba en las noches: "¿Y si mañana no despierto?"

7. A veces la gente cree que las personas queer palestinas no existimos. Que somos un mito, una invención occidental, una trama para desestabilizar. O peor mucho peor creen que nuestra existencia sirve para justificar nuestra destrucción. Como si morir bajo los escombros fuera más aceptable, más lógico, casi merecido, porque nuestra sociedad también tiene violencias internas. Como

si dos males se anularan entre sí. Como si mi orientación sexual convirtiera mi cuerpo en un blanco legítimo.

Pero escúchame, por favor. Necesito que esto quede claro, grabado en tu memoria, tatuado en tu comprensión:

Yo no quería convertirme en símbolo político. No quería ser debate en universidades lejanas. No quería ser argumento en discusiones donde nadie me conoce. No quería ser la excepción que confirma la regla, ni la víctima perfecta, ni el token para limpiar conciencias.

8. Solo quería vivir.

Quería enamorarme sin que cada caricia fuera un acto de conspiración. Quería caminar por las calles de mi ciudad sin mirar al cielo cada treinta segundos, buscando el destello que precede a la muerte. Quería que sonara el teléfono y no sentir que mi estómago se cerraba como una puerta de acero. Quería no sentir —ni por un segundo— que mi identidad, esa parte más íntima y verdadera de mí, pudiera ser utilizada contra mí como un cuchillo que yo mismo le entregué al verdugo.

Una noche, después de un bombardeo que duró siete horas, siete horas que se sintieron como siete vidas, salí a la calle. El polvo flotaba en el aire como nieve envenenada. Los escombros brillaban bajo la luna, hermosos y mortales. Y entre los restos de lo que había sido una casa, encontré a mi vecino.

Estaba arrodillado. Llorando. No con sollozos dramáticos, sino con ese llanto silencioso que es más desgarrador, el que sale cuando ya no te quedan fuerzas para hacer ruido.

Me miró. Y en sus ojos vi algo que reconocí inmediatamente: la pérdida total de coordenadas. El desorientamiento del naufragio.

"Ya no sé qué parte de mí está rota," me dijo.

Y en ese momento, con su voz quebrada flotando en el aire polvoriento, comprendí algo que me define:

Eso es Gaza.

Es un lugar donde las personas aprenden a respirar entre ruinas. Donde el oxígeno sabe a cemento y a miedo. Donde incluso el silencio suena cansado —agotado, derrotado, anciano antes de tiempo. Donde las personas queer aprendemos a escondernos dos veces: primero del odio que nos niega, y luego de la guerra que nos aniquila sin preguntar nombres.

Dos escondites. Dos invisibilidades. Dos formas de no existir del todo.

9. Pero esta historia no termina en Gaza.

No sé cómo llegué a España. No sé contaros el viaje sin que se me cierre la garganta. Cada kilómetro fue una renuncia. Cada frontera, una traición a lo que dejaba atrás. Cada sello en mi pasaporte, una marca que decía: "Ya no eres de allí."

Llegué a Toledo en verano. El calor era diferente al de Gaza, más seco, más directo, menos opresivo. Pero el calor no me importaba. Lo que me importaba era que, por primera vez en veintisiete años, caminaba por una calle donde nadie sabía mi nombre verdadero. Donde nadie me reconocía. Donde podía ser invisible por elección, no por supervivencia.

Y entonces llegó el Orgullo.

No había visto nunca nada igual. En Gaza, el amor queer es un susurro en la oscuridad. Aquí, era una marcha. Una celebración. Una explosión de color y ruido que me resultaba tan extraña como hermosa. Me posicioné en la acera, cerca de la Plaza de Zocodover. No sabía si debía unirme o solo observar. No sabía si tenía derecho a estar allí. No sabía si mi dolor cabía en tanta alegría.

Pero entonces vi algo que no esperaba.

Entre las banderas arcoíris, entre los lemas de amor y diversidad, vi banderas palestinas. No una. Muchas. En manos de personas que no tenían mi piel, que no hablaban mi idioma, que nunca habían sentido el peso del cielo gazati sobre sus hombros.

Y leí los carteles: "Palestina libre." "Queer y palestino: existimos." "Ninguna liberación sin la otra."

Algo dentro de mí se quebró. No de tristeza. De alivio. De reconocimiento. De esa sensación brutal de que, después de tanto tiempo escondido, alguien te ve.

No paré de llorar en todo el recorrido.

No eran lágrimas silenciosas. Eran sollozos que me sacudían el pecho. Gente se acercaba a preguntarme si estaba bien. No podía responder. No sabía explicar que estaba mejor que nunca, y peor que nunca, al mismo tiempo. Que lloraba porque, por primera vez, mi dolor no era solo mío. Que lloraba porque una sociedad que no me conocía se volcaba con mi pueblo. Que lloraba porque me sentía visto, y ser visto después de tanto tiempo invisible es una sensación tan abrumadora que duele.

10. Fue entonces, entre lágrimas y confeti, que conocí a Erick.

Él llevaba una camiseta negra de Amnistía Internacional. Me miró llorar y no me preguntó por qué. Solo me ofreció agua. Y luego, una conversación. Y luego, su número. Y luego, su tiempo. Y luego, algo que no había sentido en años: confianza.

Erick me presentó a otras organizaciones. Me ayudó a navegar papeleos que parecían escribirse en un idioma que yo no dominaba. Me sentó en mesas donde hablaban de derechos humanos con palabras que yo había dejado de creer. Y poco a poco, con la paciencia de quien sabe que las heridas no cierran de golpe, me ayudó a comprender algo que me salvó:

Hay vida más allá de los escombros.

No es una vida fácil. No es una vida sin pesadillas. No es una vida donde el teléfono deje de vibrar con noticias de muerte. Pero es vida. Es caminar sin mirar el cielo cada treinta segundos. Es dormir en una habitación que no es el suelo del salón. Es permitirte derrumbarte porque nadie está cayendo a tu alrededor.

11. Ahora vivo aquí. En España.

Y debo decir algo que duele más que todo lo anterior:

Ya no me sobrevive ningún familiar.

Mi madre murió en un bombardeo. Mi padre, en otro. Mi hermana menor la que me encontró la primera vez que intenté morir desapareció en los escombros de un edificio que ya no existe. No tengo cuerpos que enterrar. No tengo tumbas que visitar. No tengo fotos que no me destruyan al mirarlas.

Soy, en el sentido más literal de la palabra, huérfano de un lugar que ya no existe como yo lo conocí.

Pero aquí, en este país que no es el mío pero que me ha dado refugio, he encontrado una familia elegida.

Gente que no comparte mi sangre pero comparte mi silencio. Gente que no conoce mi pasado pero elige estar en mi presente. Gente con la que río y es una risa que no conozco de antes, una risa que no lleva el peso de la culpa. Gente con la que lloro y es un llanto que no tengo que esconder, que no tengo que silenciar, que no tengo que justificar.

Eric fue el primero. Pero no el único. Somos varios ahora. Una red improvisada. Una tribu de sobrevivientes. Una familia construida a contrapelo de todo lo que nos enseñaron sobre quién merece amor.

12. Hace unas semanas, Erick me convenció para que escribiera este testimonio.

"Tu realidad importa," me dijo. "Tu voz importa. Aunque tiemble, aunque sea anónima, aunque venga de un lugar de miedo."

Y aquí estoy. Conversando y me cuestan las palabras, más de lo que puedo explicar.

Pero todavía no me atrevo a hacerlo en persona. No puedo subirme a un escenario y mirarlos a los ojos mientras digo todo esto. El anonimato es mi lugar seguro ahora. Es el único escondite que me queda. Es la última frontera entre mi supervivencia y mi colapso.

Así que os pido disculpas. Disculpas por no mostrar mi rostro. Disculpas por no deciros mi nombre completo. Disculpas por no ser el héroe valiente que quizás esperabais. Solo soy un sobreviviente que todavía tiembla cuando suena el teléfono. Que todavía mira el cielo cada treinta segundos. Que todavía no sabe qué parte de él está rota.

Pero también os pido que aceptéis este testimonio. Porque aunque venga desde el anonimato, viene desde la verdad. Desde la necesidad de que alguien, en algún lugar, entienda que detrás de las estadísticas, detrás de los titulares, detrás de los debates políticos, hay personas. Personas que solo querían vivir.

13. A veces, en las noches más oscuras y en Toledo las noches son oscuras de una manera diferente a Gaza, más silenciosas, más solitarias me permito imaginar.

Imagino otro futuro.

Uno donde no tengamos que elegir entre sobrevivir o existir. Porque ahora, en este presente que nos tocó, son opciones excluyentes. O te escondes para vivir, o te muestras para morir. No debería ser así.

Uno donde ser palestino no signifique vivir bajo ocupación ni la militar, ni la social, ni la que ejerces sobre ti mismo para poder pasar desapercibido.

Uno donde ser queer no signifique vivir con miedo. Donde amar no sea un acto de resistencia, sino simplemente... amar.

Porque ninguna identidad debería convertirse en una condena. Ningún rasgo de tu ser debería sentenciar tu destino. No tu nacionalidad, no tu orientación, no tu forma de amar.

Y porque al final al final de todo, cuando se acaben las bombas y los discursos y las justificaciones todas las personas, absolutamente todas, merecemos lo mismo:

Dormir sin miedo.

Amar sin miedo.

Vivir sin miedo.

Y ahora, antes de despedirme, necesito decir algo que no forma parte de mi historia, sino de mi gratitud:

Muchas gracias.

Gracias a todas las personas del Queer Cinema Palestine. Por visibilizar nuestras realidades cuando nosotros no podemos. Por proyectar nuestras sombras en pantallas donde el mundo pueda verlas. Por dar nombre a lo que nosotros solo podemos susurrar. Por recordar al mundo que existimos, que resistimos, que amamos, aunque sea desde los escombros, aunque sea desde el anonimato, aunque sea desde el miedo.

Sois la voz que nosotros todavía no podemos alzar. Sois los ojos que ven por nosotros cuando nosotros todavía no podemos mirar. Sois la prueba de que hay vida más allá de los escombros, y que esa vida merece ser contada, proyectada, celebrada.

Gracias por no olvidarnos.

Gracias por no dejar que el mundo olvide.

Mi nombre es Sami.

O al menos, ese es el nombre que puedo usar hoy.

Pero el nombre que uso en mis sueños... ese es mío. Solo mío.

Y algún día, quizás, podré pronunciarlo en voz alta.

Hasta entonces, os dejo estas palabras. Mi testimonio. Mi supervivencia. Mi esperanza de que, si alguien las escucha, quizás no esté tan solo como me siento ahora.

Gracias por escucharme.